

## **Terrorismo de Estado y vida cotidiana. Aproximación al tema a partir de testimoniantes de distintos niveles de participación y politización**

**Lila Pastoriza<sup>71</sup>**

### **Resumen**

En esta ponencia me propongo indagar acerca de cómo percibía/naturalizaba/registraba la población lo que estaba ocurriendo en términos de violencia /represión / autoritarismo, y cómo esto se expresó en su vida cotidiana (actividad laboral, vida social y familiar) durante la etapa inicial de la dictadura. En otros términos, se trata de aproximarse a una reflexión crítica sobre el impacto y recepción social del terror implementado por el gobierno y del discurso militar que focalizó a la “subversión” como el enemigo a erradicar. Los testimonios incluidos han sido brindados por personas, mayoritariamente jóvenes entonces, pertenecientes de distintos sectores de la clase media y con diversos grados de politización (no se incluye a los correspondientes a integrantes de la militancia armada). Se trata del conglomerado que algunos autores denominan “gente del común”, planteados como casos indicativos /disparadores de la indagación y la reflexión, que de modo alguno son generalizables.

### **Introducción**

El período dictatorial, sus antecedentes y consecuencias han sido analizados desde distintas ópticas. La mayoría de ellas, en línea con las miradas hegemónicas, relegó profundizar lo relativo a la participación de la sociedad (como, por ejemplo, el rol cumplido por sus diversos sectores y la vigencia o modificaciones de sus representaciones e imaginarios). Mientras el discurso justificatorio de lo actuado por las Fuerzas Armadas sostiene que la mayoría de la población aprobó e incluso apoyó la “guerra antsubversiva”, la teoría de los dos demonios ubicó a la sociedad como espectadora neutral de una contienda totalmente ajena que cobró sus “víctimas inocentes”.

Aunque la posterior recuperación de la figura del desaparecido como militante introdujo la politización de la etapa que aquellas miradas ignoraban, en la medida que esa

---

<sup>71</sup> Asociación Buena Memoria.

recuperación se restringió a los integrantes de las organizaciones armadas y se concentró en el modelo de combatiente de clase media, no alcanzó a revertir la ausencia de otros actores sociales –desde los de alto protagonismo, como los integrantes de núcleos activos obreros y sindicales, hasta vastos sectores que sostuvieron luchas y expectativas, luego desengañados por la coyuntura política previa al golpe militar–. Se trata de una ausencia estrechamente vinculada con el *borramiento* de una etapa clave -la correspondiente a la movilización social que alcanzó sus picos en 1973- indicador del vaciamiento político y social implementado por la dictadura y que aún persiste.

En síntesis, pese a la pertinencia que la investigación del comportamiento de la sociedad reviste para algunos estudiosos de la historia y la memoria, y más allá de enjundiosas investigaciones sobre el rol cumplido por ciertos sectores de poder (grupos económicos, Iglesia católica), lo cierto es que en este aspecto, los relatos públicos no han avanzado demasiado.

Recién en los últimos años, la sociedad argentina de la etapa dictatorial aparece como objeto de análisis y debates que han desplazado a las endebles y livianas rotulaciones habituales<sup>72</sup>. Al respecto, hay que subrayar que el vuelco hacia el estudio de fenómenos como la vida cotidiana o el “exilio interno” habla de una complejización que al trabajar conflictos y ambigüedades no ajenos a la subjetividad y reconocer el rol de amplias capas de la población permite avanzar hacia una comprensión más integral de las condiciones que posibilitaron el terrorismo de Estado.

Estas investigaciones (entre las cuales sobresalen las de Mariana Caviglia, en especial la plasmada en “Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada”<sup>73</sup>) tienen como invaluable antecedente al trabajo que elaboró Guillermo O’Donnell sobre aspectos de la vida cotidiana de Buenos Aires entre 1976 y 1980, “Democracia en la Argentina. micro y macro”<sup>74</sup>, una “proto investigación” que incluye entrevistas realizadas “a personas confiables” en dos oportunidades (el período inicial de

---

<sup>72</sup> Esta “liviandad” se observa, por ejemplo, a la hora de atribuir responsabilidades en relación al terrorismo de Estado, en las que son frecuentes las caracterizaciones globales e indiferenciadas (de “la sociedad”) y también las que enaltecen a un sector (o lo denigran) desde la arbitrariedad del anacronismo o la autoreferencia.

<sup>73</sup> Caviglia, Mariana, *Dictadura, vida cotidiana y clases medias. Una sociedad fracturada*, Prometeo Libros. Buenos Aires, 2006.

<sup>74</sup> O’Donnell, Guillermo, “Democracia en la Argentina: micro y macro”. Publicado primero en Oscar Oszlak (comp.), *“El Proceso”, crisis y transición democrática*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984. Posteriormente en Guillermo O’Donnell, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires, octubre 1997.

la dictadura y el que se abrió tras la guerra de Malvinas). El autor subraya que los resultados encontrados derivan no sólo de la violencia física ejercida por el régimen sino de que éste se haya propuesto “modificar radicalmente, en dirección convergente con sus propios patrones, las relaciones de autoridad en la sociedad” propósito llevado a cabo en el cotidiano, es decir en el ámbito “de las relaciones sociales y los patrones de autoridad que se tejen en la vida diaria”.

O'Donnell afirma que el gobierno tuvo “considerable éxito” en su accionar para controlar capilarmente la sociedad hasta el punto que ésta “se patrulló a sí misma” y llegó a ser en esa etapa “mucho mas autoritaria y represiva que nunca”. Si bien entiende que muchas personas aceptaron el *orden* como “una alternativa a la perpetua evocación del caos previo a 1976, y que luego de la etapa de movilización “muchos ya estaba dispuestos a la privatización de sus vidas”, el autor considera que a estas explicaciones debe sumarse la consideración de que, en determinado grado, las concepciones y patrones de autoridad de los contextos del cotidiano fueron impuestos “por una ya larga historia de reiterados fracasos en lograr formas más democráticas y humanas de articulación de la vida en sociedad”<sup>75</sup>.

\* \* \*

Mariana Caviglia, cuyo punto de partida es precisamente su sospecha de que los miedos actuales y las repuestas que generan y se naturalizan en la vida cotidiana construyen condiciones socioculturales semejantes a las que posibilitaron el implante de la dictadura, considera que estas continuidades están dadas por las representaciones, sentimientos y prácticas cotidianas de los argentinos “comunes” de los sectores medios.

La autora, que realizó decenas de entrevistas a testigos de clase media que vivieron durante la dictadura en la ciudad de La Plata, hace un minucioso recorrido acerca del modo en que el regimen dictatorial hizo del miedo un instrumento de gestión y control político. Convencida de que en la sociedad se dio una *fractura* “por la que un día se precipitó el terror”, fractura que fue producto de las condiciones ya existentes antes en la propia sociedad y que conformaría “la trama no visible que sostuvo a la trama visible”,

<sup>75</sup> El autor afirma que aunque la prohibición de la “voz horizontal” (dirigirse a los pares, agruparse) fue acatada durante los tiempos más duros (cuando el gobierno logró despolitizar, triunfando la opción por el orden y el rechazo a la preocupación por lo público), percibió a la vez en los entrevistados “un profundo sentido pérdida” del cual culparían al régimen en cuanto comenzara un nuevo ciclo de politización y de recuperación de la “voz oblicua” (la que intentaba ser oída y comprendida por los pares pero no por los agentes del régimen).

indaga este proceso en la vida cotidiana de las personas. Para la autora, esa fractura que “corta los hilos que hasta entonces sostenían su vida cotidiana”, al desestructurar las prácticas, sentimientos e imaginarios hasta entonces vistos como normales, generó el colapso de la seguridad básica abriendo el camino a su reformulación en términos que posibilitaron la instalación y consecuencias del horror<sup>76</sup>.

Como decíamos, la matriz social y cultural de representaciones e imaginarios que sustentan las respuestas cotidianas fue el objetivo al que, paralelamente a la ejecución del terror, apuntó el discurso dictatorial para intentar *naturalizar* la acción criminal a la vez que buscaba activar los núcleos latentes del autoritarismo y la obediencia. En este terreno alcanzó logros de peso cuya raigambre cultural debe tomarse en cuenta desde los riesgos y requerimientos actuales.

Resulta indiscutible entonces que el avance en el trabajo de memoria sobre la sociedad es un requisito imprescindible hacia la comprensión de cómo fue posible el terror estatal exterminador y respecto de los modos en que las tramas culturales establecen continuidades entre pasado y presente. Lo que ocurrió ayer en Argentina corresponde a un presente donde, como señala María Pía López,<sup>77</sup> la estabilidad democrática no ha logrado revertir las formas inéditas de exclusión y de polarización social heredadas de un terrorismo de Estado cuyos efectos se inscriben en la capilaridad social.

De ahí la relevancia de explorar en cada sector social de la época el impacto del terror y del discurso usado por la dictadura para llevar adelante un objetivo cardinal de la intervención de las Fuerzas Armadas, cual fue liquidar las bases de sustentación de la indisciplina social intentando destruir las tramas contestarias, resistentes y solidarias que la sustentaban.

No es ése el objetivo de esta ponencia, que sólo se plantea una primera aproximación. A tal fin repasaremos algunos testimonios registrados unos veinte años después del golpe de 1976 (es decir, en plena década de los noventa y antes de los cambios sobre las políticas públicas de memoria y justicia registrados a partir del 2003). Se tratará de apuntar al recuerdo que tenían entonces los entrevistados sobre la vida durante la dictadura, la presencia de la represión en el cotidiano y los efectos que el clima

---

<sup>76</sup> Caviglia sostiene que en los testigos entrevistados la fractura se relacionó centralmente con el pánico, con la práctica del “todo es posible” o con la representación del desorden institucional, elementos que fueron instalándose y tornándose cotidianos, y que, transformados en sentido común, constituyeron la trama que sostuvo el régimen del terror en tanto orden social.

<sup>77</sup> María Pía López, “Cuatro relatos para esa historia”. En *A 30 años del golpe militar. La cultura herida*, Revista *Ñ*, N° 129, pag.13.

social reinante generaba en sus modos de sentir y actuar. La mayoría de las entrevistas corresponde a personas pertenecientes a la franja de edad de 10 a 18 años en 1976, lo cual recorta su participación directa en la etapa previa al golpe. Además, no incluye a los integrantes de las organizaciones políticas armadas ni a quienes, desde las Fuerzas Armadas y de Seguridad llevaban adelante la represión, es decir, a los actores de mayor presencia en los relatos habituales.<sup>78</sup> Se trata del aglomerado social al que se dirigió específicamente el accionar dictatorial para, diríamos hoy, “cambiar su cabeza”. Como entendemos que incluye a sectores muy dispares, preferimos evitar englobarlos bajo la denominación de “gente común” previniendo eventuales equívocos<sup>79</sup>. Incluiremos también testimonios de algunas personas de 25 a 30 años en 1976, que habían tenido distintos grados de participación en las movilizaciones ocurridas a partir del Cordobazo (1969).

## **La vida cotidiana**

### ***El golpe y sus vísperas***

Como es sabido, él del 24 de marzo de 1976 fue un golpe anunciado. Por quienes lo perpetraron (tres meses antes, y desde Tucumán, el General Videla le había puesto plazo al gobierno legal), por signos previos que la prensa escrita enfatizaba (“El país que dijo adiós al bife”, titulaba unos días antes *La Tarde* en alusión al desabastecimiento reinante, en tanto preguntaba “¿Sigue gobernando?” al pie de la foto de Isabel Perón), por los analistas políticos, por el “humor social” que lo esperaba. “Estaba cantado. Isabelita no podía seguir”. Afirmaciones como ésta y similares son las que da la gran mayoría de los testigos, que veía al golpe como *uno más* de los tantos ocurridos. “A lo sumo podía ser algo más duro. Pero jamás imaginamos lo que sucedería”, coinciden los cinco adultos entrevistados.

---

<sup>78</sup> Las personas entrevistadas pertenecen a la clase media. Algunas corresponden a una investigación periodística que publiqué en la revista *Humor* N° 473 (“Vivir en Buenos Aires veinte años atrás”, 20 de marzo de 1996). Otros a la veintena de entrevistados en 1999 en el área metropolitana de Buenos Aires para un trabajo académico acerca de “los recuerdos vigentes en la memoria de las personas sobre los sucesos ocurridos en la Argentina entre 1976 y 1983” que la investigadora Susana Masseroni incluyó en “El enfoque biográfico interpretativo en la investigación histórica” (*Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Año 6, N° 15, Capital Federal, octubre 2003).

<sup>79</sup> La fuerte y particular intervención en aquella coyuntura (y especialmente en los años previos) de variables como condición laboral, nivel de participación comunitaria y grado de politización, entre otras, nos provoca dudas acerca de registrar como “gente común” a una población tan heterogénea como la compuesta por personas sin inquietud ni participación social o política, ex delegados obreros y militantes barriales, mujeres y hombres que habían participado activamente en las movilizaciones, parientes de integrantes de la policía y otras fuerzas de seguridad, jóvenes catequistas, familiares y amigos de víctimas de atentados y/o enfrentamientos, ex activistas estudiantiles, entre muchas otras.

“Una Argentina inerme ante la matanza” titulaba el diario *La Opinión* del día 23, víspera del golpe, y consignaba que la violencia había producido 37 muertes tan sólo en las últimas 48 horas. En las páginas interiores un enorme anuncio de la *Liga PRO Comportamiento Humano* consignaba: “Blanca y celeste aunque nos cueste” y más adelante otro aviso de gran dimensión desplegaba la foto de un soldado con casco y ropa de combate a quien, en grandes letras blanquísimas sobre el fondo negro de la noche, se le decía: “No estás solo”, aludiendo al *respaldo del pueblo* a ese soldado de una *guerra limpia* y sostenida por *la verdad*.

El golpe fue recibido con una suerte de alivio bastante generalizado que, por otra parte, duró poco. Las razones de esta recepción eran diversas. Hasta lo vivió así Adolfo (33 años), un artista de izquierda muy solidario, hartado de la amenaza constante de la Triple A. “Ahora si vienen buscarnos, será con un uniforme y sabremos quienes son. Prefiero eso”, afirmó. Varios entrevistados jóvenes atribuyen la aceptación (en varios casos, escuchada de boca de padres y adultos) al cuadro de conflicto y de violencia imperante, enfatizando la incapacidad para controlarlo por parte del gobierno de Isabel Perón. “Mis padres estaban muy contentos de que la hayan derrotado a Isabelita. Creo que la mayoría sentía que ahora gobernaría al país alguien como la gente, no un títere”, dice Alicia, 16 años, afirmando algo que reiteran otros testimonios. Laura, de la misma edad, manifiesta que si bien le asustaba la violencia que el golpe podría generar, le atraía la “esperanza de que se iba a cortar con la guerrilla”, a la que “tenía mucho miedo”<sup>80</sup>.

Si algo queda claro en las entrevistas es que el clima opresivo se había generado antes del golpe, en los años inmediatamente anteriores, atizado por la lucha entre los distintos grupos peronistas luego de Ezeiza (mediados de 1972), las matanzas perpetradas por la Triple A y otros comandos, el acoso incesante de las operaciones militares de la guerrilla, el descalabro del gobierno de Isabel... Mónica (24 años, estudiante universitaria, independiente y partícipe en el 73 de asambleas y manifestaciones) asegura que ya desde 1974 los controles en la Facultad eran insoportables. “Te pedían la libreta al entrar, había siempre en clase dos tipos de traje que ni simulaban, la policía entraba con cualquier excusa... No fui más. Di como libre las últimas materias y al poco tiempo me casé. Del trabajo a casa. Era un departamento interior donde todo se escuchaba. Poníamos la radio colgada de la puerta y no

---

<sup>80</sup> Masseroni, Susana, “El Enfoque histórico...”. En *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Año 6, N° 15, octubre 2003.

hablábamos de nada inconveniente...” En igual sentido, Adolfo rememora que “tan acostumbrados estábamos a hablar despacito, que seguimos haciéndolo así aun en democracia, ante el asombro de quienes llegaban del exilio”.

No son pocos los entrevistados que no recuerdan sino borrosamente el día del golpe... Adrian tenía 10 años, problemas económicos y vivía con su madre y cinco hermanos: “De ese tiempo tengo imágenes sueltas. El golpe es como un flash. La tele transmitiendo un comunicado y música militar y mamá sentada frente al televisor, llorando. Recuerdo cosas de antes, a Isabelita, las pintadas por Perón en las paredes (...) Y tengo grabado un operativo militar en Liniers. Yo, mudo, no preguntaba nada, nunca. Mi vieja me recomendaba una y mil veces que no pateara cosas en la calle porque podían contener una bomba... aún hoy lo recuerdo cada vez que pateo una cajita o lo que sea”<sup>81</sup>.

### ***Los climas y los miedos***

El miedo –aun cada vez más natural, casi normalmente incorporado– es el denominador común de las descripciones de vivir en esa época que hace la gran mayoría de los testigos. Ya desde antes del golpe, pero en particular cuando la represión se institucionalizó, y pese a que las ciudades no aparecían como campos de batalla (todo funcionaba, la vida continuaba, claro que con orden y convincentes indicadores)<sup>82</sup>, el clima generado por prohibiciones, controles, hermetismo de los medios, operativos vistos o narrados y versiones terroríficas generaba miedo e incertidumbre.

Sin embargo, en muchas entrevistas, la primera reacción de las personas era decir que no pasaba nada diferente, que la vida era “normal”. Esto iba cambiando a medida narraban, que hablaban de la vida que hacían. Hubo una chica de 18 años, Graciela, empleada, que dio un panorama de normalidad total: nunca había visto un control, jamás un atropello, ella iba a bailar, salía con sus amigos... Hasta que, sin darse cuenta, dijo al pasar “... luego de lo que pasó con mi papá...”. Resultó que, por una confusión, lo habían secuestrado delante de toda la familia en su casa y liberado tres días después. Ella tenía cinco años y aún recuerda cada detalle, el ruido de las armas, los gritos, el llanto de sus hermanos... “En casa se ordenó olvidar lo sucedido y nunca más hablar de ello con nadie,

---

<sup>81</sup> Pastoriza, Lila, “Vivir en Buenos Aires veinte años atrás”. En *Humor*, N° 473, De la Urraca Buenos Aires, 20-02-1996.

<sup>82</sup> Hay que recordar que el poder dictatorial siempre tuvo dos caras. La represión era clandestina, subterránea, difusa, y para diseminar ese terror inédito, inimaginable, del que no se sabía pero se sabía, bastaban sólo algunas muestras.

ni entre nosotros. Es la primera vez que lo hablo desde entonces.”, dijo, con cierta culpa.

Miriam (20 años, familia progresista) viajaba todos los días desde su casa en Lanús a su trabajo en Capital: “era frecuente que a la altura del puente Pueyrredón subieran al colectivo unos diez militares con Itakas que te despertaban golpeándote con el caño del arma, te preguntaban adónde ibas y qué hacías, te pedían documentos y revisaban la cartera y los bolsos de los que sacaban hasta los remedios, los olían... Si regresábamos en auto y nos paraban, revisaban el baúl, nos ponían contra la pared... Recuerdo las miradas desde otros coches, de enorme desprecio, como recriminándonos en qué andábamos...”<sup>83</sup>. Otros entrevistados evocan el miedo a resultar muertos o heridos por hechos que no podían manejar (disparos en los controles de rutas, “que algo explotara”, peligros en la calle, etc.), situación que restringía las posibilidades de salir, de estar afuera, acentuando la reclusión en los ámbitos privados.

En algunas personas, sin diferencia de edades, este clima provocaba una fuerte sensación de inseguridad ante lo imprevisible, instalando mucha desorientación en la cotidianeidad. Salir con documentos era una obsesión y así lo reflejan varios entrevistados: “...Y si salías y descubrías que te habías olvidado los documentos se te paraba el corazón y la pregunta era ¿y si te confunden?, ¿Qué pasa si te confunden? Y..., te puede pasar algo jodido...”, evoca Leo, 13 años, estudiante<sup>84</sup>. Y dice Adrián: “Ahora tengo 30 años y aún hoy no salgo a comprar ni un helado sin documentos. Recuerdo una razzia en un bar en la época del Beagle. Yo tenía 13 años y mostré la cédula. Nunca, desde que me la dieron en 5º grado, dejé de llevarla encima”.

Las prohibiciones eran especialmente registradas por los chicos. Algunos dicen que los militares no les gustaban por eso, no por “lo otro”. Y las registraban sin diferencia de nivel de politización. Lo que más recuerdan, además de que debían estudiar los decretos de la Junta y “textos aburridos”, son las prohibiciones: del pelo largo y sus variantes, del bigote (no prohibido pero sospechoso), de las polleras cortas y otras referidas a las chicas: tal tipo de medias, pintarse, usar pantalones en la escuela o delantales cortos... “Nos deshacían los ruedos... algunas compañeras llevaban trozos de sábanas que pegaban con broches, así podían sacarlos luego”, relata Cristina, (12 años, familia despolitizada).

Gustavo (16 años, 4º año del Otto Krause, simpatizante de la UES, familia

---

<sup>83</sup> Pastoriza, Lila, op.cit.

<sup>84</sup> Masseroni, op.cit., p.14.

peronista), dice: “El colegio era muy politizado y había mucho control. Apretaron las clavijas. Pusieron normas para todo: la ropa, el pelo y los contenidos de estudio. Teníamos un profesor muy antiperonista que vociferaba: ‘¡Este país, gobernado por una puta!’”. Y todos me miraban a ver qué contestaba. Y no se podía”<sup>85</sup>.

Claro, había temas que directamente no se hablaban ni se preguntaba por ellos. De la guerrilla, por ejemplo. Hay quienes recuerdan algunos hechos. Como Cristina: “me quedaron grabados el secuestro de Aramburu, lo del jefe policial Cardozo a quien una amiga de su hija le puso una bomba. ¿Cómo podían hacer algo así? Había muertos, enfrentamientos, hechos que yo vivía como noticias policiales, totalmente ajenas”. Dice Adrián: “A los 19 años, cuando el Juicio a las Juntas, a veces pensé si yo podría haberme metido en algo... Para mí, los guerrilleros eran terroristas y la guerrilla en Tucumán una especie de Rambo II. Además, no entendía lo que era militar ni eso de tener ideas y hacerse matar por ellas. Pero, sobre todo, no es una excusa, yo tenía pánico”.

### **Autopatrullaje**

El miedo vino de la mano de la *desconfianza* ante lo cual con frecuencia las personas buscaron protección en el *silencio* –“mejor no ver, no saber, no preguntar”–. Y todo fue sobrevolado por la *sospecha*, que amenazaba a todos y quebraba relaciones y vínculos. Laura dice: “Yo no tenía muy claro por dónde pasaba el peligro y quién estaba en peligro. Si yo tenía un amigo y éste era militante, yo no lo sabía. Esto era lo que generaba el riesgo: ¡yo podía ser amiga de un militante y no saberlo!”.

El miedo era que a uno lo confundieran con el enemigo, con el subversivo, el miedo a resultar sospechoso... Lo único posible era diferenciarse del otro, *autocontrolarse*: no hablar, ni contar nada, ni preguntar, no hacer nada que generara dudas, eliminar cualquier indicio (libros, revistas, pelo largo), evitar crear situaciones de vulnerabilidad: no juntarse en la calle, no hacer nuevos amigos, no dar el teléfono, no meterse en nada.

“No veíamos salvo a los muy amigos. Y no podías hacer otros nuevos. ¿Cómo sabías que eran confiables? –dice Mónica– Un día mi marido fue a la Facultad y se enteró de tales cosas que nos pusimos como locos a quemar papeles... Hasta que se tapó el inodoro...” Miriam cuenta: “Mis viejos empezaron a tirar todas las cosas “subversivas”: libros de Cuba, posters del Ché y de Jim Hendrix, discos de Mercedes Sosa, de Janis

---

<sup>85</sup> Pastoriza, Lila, op.cit.

Joplin...Y mi madre empezó a ocuparse de adónde iba, a recomendarme reunir mis amigos en casa para no andar por la calle. Yo, por las dudas, trataba de no usar minifaldas (tan riesgosas como la barba y el pelo largo en los chicos) y de no pintarme...”.

### **Privatizar la vida**

¿Y la recreación? Miriam se quedó sin los artesanos y la música callejera. El espacio público quedó atrás... Para muchos la opción era ir a bailar o a recitales. Patricia cuenta: “teníamos 14 años y nuestra única distracción eran las fiestas para preparar el viaje de egresados. Cuatro veces se nos aparecieron los militares de repente, en pleno baile. Abandonamos las fiestas”<sup>86</sup>. Adrian: “Hasta los 17 mi vida no había existido, empezó a los 18. Hasta entonces iba a la escuela en doble turno y trabajaba los fines de semana. No iba a bailar. En Mar del Plata fui a un recital de *Los Violadores* que en la época militar se llamaban *Los Voladores*.” Gustavo relata: “En algunos boliches de Ramos Mejía había enormes carteles luminosos prohibiendo tomar la mano a las chicas. No se bancaba. Cuando empezó el Mundial, la gente descubrió la salida a festejar y luego salía por cualquier cosa. Hasta cuando perdimos con Italia”.

Susana Masseroni afirma que se vivía bajo la presión de tener que “probar inocencia”. Nadie sabía bien de qué. “¿De qué se acusaba a la gente? ¿De qué era necesario ser inocente? Es que para las fuerzas de seguridad se trataba de una guerra entre los buenos que querían el orden y los malos, que eran los subversivos. De modo que los demás debían demostrar que no pertenecían a este grupo”. La investigadora subraya que frente al mayor riesgo personal, el silencio se convirtió en una forma de protección. “Silencio y obediencia fueron una combinación efectiva y segura. Para la gente común fue mecanismo de defensa y para las fuerzas de seguridad fue herramienta de sometimiento”<sup>87</sup>.

La desconfianza impregnaba todo y llevaba a tomar distancia de los demás, a no comprometerse, a debilitar las redes sociales. *Este era uno de los objetivos buscados.*

La gente se replegó, abandonó las formas de ayuda solidaria, los trabajos comunitarios, las tareas en las villas, la participación en partidos y sindicatos...Y también fue dejando el espacio público y refugiándose en el privado, esperando encontrar allí una seguridad mínima, aunque con frecuencia esto aumentó su vulnerabilidad y su

---

<sup>86</sup> Pastoriza, Lila. op.cit.

<sup>87</sup> Masseroni, Susana. op.cit.pag.15-19.

desamparo.

Entre los adultos entrevistados, algunos se replegaron a una suerte de exilio interno. Había que “exiliarse” de lugares (no sólo geográficos), de relaciones, ámbitos laborales, placeres, hábitos... de modos de vestir, de presentarse. María, que trabajaba con chicos en una villa de Córdoba, se vino desde allí a encerrarse en un departamento en la Capital y pasó de las túnicas hippies a los vestidos de “Marilú”; Mario (técnico industrial, 30 años) que había militado en la izquierda y como tal era conocido en su trabajo, debió irse. “Me destartaló la vida, comencé a hacer changas, era otro mundo”, cada vez vio menos a sus antiguos compañeros, se dedicó a su pareja, a los amigos cercanos, a la familia, a la lectura. Norma, periodista de alma, ex militante en el gremio, entró en pánico: “estaba aterrada, todos los días desaparecía alguien conocido, en el 76 vivía prácticamente encerrada... ‘mi pasado me condena’, pensaba... Un día me encontré por la calle con una amiga a la que adoraba y que tenía familiares desaparecidos. No me animaba a acercarme, no le dije donde vivía, le tenía miedo... No podía ser... ¿Yo, actuando así? Entonces decidí irme del país...”. Había que preservarse y a la vez intentar resistir de algún modo, resguardar dignidad y valores en los territorios no arrasados, en actitudes personales, cada cual con sus propios límites.

No siempre era posible y la adaptación avanzaba en un proceso se iba dando “naturalmente”, casi como una defensa, a veces sin tomar conciencia del miedo que se tenía ni de lo que a cada uno le estaba ocurriendo. Hay entrevistados que dicen que recién hoy tienen conciencia de que vivían en el miedo, que antes ni lo registraban como tal...Y, mientras tanto, uno iba cambiando de actitudes y de vida. Dice Fernanda (17 años en 1976): “¿Viste cuando te adaptás a lo que se va dando sin oponer resistencia? (...) y claro, de política no se hablaba, no se opinaba de esto, no se opinaba de lo otro (...) Se me pasó la vida sin posibilidad de opinar. No tenías posibilidad de opinar, de informarte. Vos pensá que yo tenía 25 años cuando voté (...) Y yo a los 25 años no podía opinar de nada porque no tenía idea de qué era la derecha, la izquierda. Nunca a podía hablar de política...”<sup>88</sup>.

\* \* \*

Estas son las reacciones, las respuestas. En muchos casos, eran las buscadas por

---

<sup>88</sup> Masseroni, Susana. Op.cit. p.19.

el discurso oficial: desconcierto, inestabilidad, retracción a lo privado y abandono del afuera, de los otros, de la relación social. Sospechar de los demás, depositar el miedo en el Otro, el subversivo, el indeseable, el que generaba el peligro. Controlar y controlarse, evitar que a uno lo confundieran... Y callar. Retornar a la familia, al orden. Hubo aceptación, disimulo, humillación, cansancio. Probablemente, en muchos casos hasta ciertos límites, los soportables. Al primer respiro o indicio de que aparecía una rendija, muchos recuperaron el habla y el aire. Hasta el Mundial abrió alguna puerquita. Quedaron las culpas, la vergüenza, las acusaciones, las dudas.

Se trata de un cuadro, una etapa que dispara interrogantes. ¿De dónde, en esa sociedad paralizada, salieron los protagonistas de los grandes paros y la marcha del 30 de marzo de 1982? ¿O no eran los mismos, los borrados de la memoria, los que bajaron la cabeza, incluso que aceptaron y miraron para otro lado? ¿Sociedad cómplice o sociedad aterrada? “Las masas –escribía Rodolfo Walsh a fines del 76 respecto de la polémica interna de Montoneros– están condenadas al uso del sentido común. Forzadas a replegarse ante la irrupción militar, se están replegando hacia el peronismo que nosotros dimos por agotado, no se repliegan hacia vacío sino al terreno malo pero conocido...”<sup>89</sup>. Años después, en 1984, Aníbal Ford<sup>90</sup> pediría respeto y prudencia antes de globalizar, de modo parejo, la responsabilidad del horror. Y llamaría a reflexionar antes de generalizar. Se trata, aún, de un debate abierto.

## **Finales**

En esta ponencia se despliegan y se actualizan temas postergados. Hay un pantallazo a los recuerdos (fieles, remozados, quién sabe...) de jóvenes que ya no lo son tanto y de otros que dejaron de serlo. En algunos casos, sus vidas cambiaron de rumbo, en otros no, o no más que el país... Esta ponencia, repasándola a esta altura, tiene algo de excusa. Se trata, una vez más, de convocar al intento de entender aquello que pasó (¿y sigue pasando?), aquello que es hoy, o así aparece, tan inescrutable como inimaginable lo era entonces... Es cierto: lo que ocurrió, el golpe, el terrorismo de Estado,

<sup>89</sup> Walsh, Rodolfo, “Aporte a la discusión del informe del Consejo”. En Baschetti, Roberto, *Rodolfo Walsh vivo*, De la Flor, Buenos Aires, 1994, p. 222.

<sup>90</sup> Ford, Anibal, Suplemento especial de la revista *El Porteño*, abril 1984. Frente a las polémicas sobre la “complicidad social con la dictadura” Ford plantea reflexionar previamente sobre: 1) “el impacto brutal sobre la sociedad de un ataque terrorífico, inmovilizador, desmesurado”, 2) “la situación de ese pueblo, con un proyecto nacional, el peronismo, en crisis” y 3) “el corte de todo flujo comunicacional e informacional”. “Parecía lógico, sostenía, que frente a tamaño ataque, el pueblo eligiera ciertas estrategias de sobrevivencia”. Citado en Eduardo Blaustein, *Decíamos Ayer*, Colihue, Buenos Aires, 1998, p. 17.

la dictadura, el exterminio planificado, su herencia –el país que dejaron–, no fue, no fueron *más de lo mismo*, unos grados extra de maldad, la picana sin días tope. Fue, es, eso que se disemina en el infinito estupor acerca de lo humano. ¿Cómo pudo llegar a ser posible algo que ni podía ser imaginado? ¿Qué camino hay que desbrozar para rastrearlo, para ir deshilvanando las madejas enredadas? Por ahí, entre cadenas del baqueteado ADN autoritario que nos condena siempre, creo yo que lo que quedó perdida es la política, aquella memoria suplantada, extinguida, decía Nicolás Casullo, un pasado desaparecido, una derrota negada y el desengaño de tantos... Habría que indagar que les pasó, cómo eran/éramos (sin mistificaciones) y adónde fueron a parar, ya dispersos y con sus sueños maltrechos esos millares de argentinos/as que atravesaron medio siglo de esta historia nuestra. ¿Cuántos se replegaron y cuántos persistieron? ¿Cuántos se doblegaron y cuántos resistieron? ¿Tiene sentido saberlo? Podría aventurarse que tanto unos como otros –todos ellos sospechosos del “algo habrán hecho”– tienen sus víctimas, sus combatientes, sus refugiados en el silencio y la obediencia, sus cruzados antisubversivos y también sus resistencias, aun las invisibles. ¿Cuántos millones votaron a Cámpora en el 73 antes del vertiginoso derrumbe? Es difícil, ¿imposible?, entender lo que vino luego si se los borra de la historia. “Construir los relatos de ese tiempo de Revolución –sus perspectivas, interpretaciones, respaldos populares, errores, mendicidades, dogmáticas iluministas, aberrantes militarismos– exige sin dudas una gran altura del campo intelectual frente al difícil reto de un pasado de final atroz”<sup>91</sup>, decía Nicolás Casullo. No se puede avanzar si se borra la derrota política. Pero de eso, entre otros temas, no se habla.

La memoria que aticemos desde una Argentina polarizada socialmente, debe encontrar en ese pasado próximo sus puentes con los peligros actuales. Y reflexionar una y otra vez sobre de qué hablamos cuando hablamos de memoria. Enzo Traverso advierte sobre los riesgos de la “obsesión memorial” vigente en occidente, en tanto su “religión civil”, sus dogmas y sus rituales amenazan generar esa visión del pasado “en blanco y negro”/víctimas y victimarios, que excluye la pluralidad de sujetos y oscurece su comprensión. “Mientras el pasado reactivado de Europa retorna como un pasado presente, las esperanzas que llevara consigo han sido definitivamente archivadas a la manera de un *futuro pasado*”<sup>92</sup>, sostiene Traverso. ¿De qué modo los argentinos haremos

---

<sup>91</sup> Casullo, Nicolás, *Las Cuestiones*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 261-262.

<sup>92</sup> Traverso, Enzo, “De la memoria y su uso crítico”. En Revista *Puentes*, N°25, diciembre 2008, pp. 6-21.

memoria de nuestra historia reciente? ¿La acotaremos a un modo de preservar el recuerdo de una generación cuya lucha y cuya muerte exigen mucho más que recluirlos en la sacralización y el museo? Parecería que sólo si logramos diseñar políticas de memoria que sustituyan los usos rituales por los usos críticos, nuestro pasado reciente, en lugar de retornar como clausura, podrá alumbrar nuevas alternativas para afrontar los riesgos del presente.